

Ana María Barrenechea: La deuda

Jorge Panesi

No, no han faltado homenajes a su obra y a su vida, en vida de Ana María Barrenechea. Entre otros testimonios, el libro recopilado en 1984 por Isaías Lerner y Lía Schwartz en la Editorial Castalia, y el que editáramos algunos de sus discípulos de la Facultad de Filosofía y Letras (Editorial Eudeba, 2006). No recibió en vida ni el menoscabo del olvido ni la blasfemia de la ingratitud, aunque soportó más de una vez el apremio político de la intolerancia (en el gobierno de Perón, y en la dictadura de Onganía). Supongo que apreciaba ese testimonio de afecto y veneración intelectual, pues el trabajo de los maestros es volátil e inaprensible como las huellas de la vida misma y necesita del recuerdo, de la expresión y de la inscripción del recuerdo. No en vano uno de sus últimos trabajos académicos fue sobre la memoria y el archivo. Ese libro parecía decir con una maravillosa elipsis travestida de pertinencia académica: “no me olviden”. Porque en vida, la vida de los maestros suele ser avara, insaciable, glotona de homenajes. ¿Fuimos consecuentes hacia el final con esa avidez del recuerdo? No lo sé. Hacia el final, en vida, como el latigazo del lugar común inexorable, suena con todo su sentido aquella frase casi final del título de Onetti: “*Cuando ya no importe*”.

“Cuando ya no importe” es la frase que en vida repiten los vivos hacia el final, sobre el final, acerca del final. Los vivos no pueden manipular ni la intensidad ni la duración del recuerdo que los mantendrá en la latencia de los que sobrevivirán. En vida, esa frase no alude a nada real, a nada presente, es un presagio, o la certeza de un advenimiento, pues siempre cuando se está en vida, todo importa. Sobre todo lo que piensan y dicen aquellos que justamente, funerariamente, se llamarán “deudos”. El uso de la palabra “deudos” une la deuda, lo que se debe de un capital o de una herencia en el registro económico, al otro registro, el de la familiaridad, la familia, el vínculo cercano, el parentesco. Los que apreciamos, queremos y homenajeamos a Anita Barrenechea en vida no somos, en rigor, sus deudos. Pero en esas extrañas relaciones de amor y de consentido sometimiento que llamamos “discipulares”, la deuda es mayor, e impagable. En el reconocimiento a los maestros, lo que se reconoce es la deuda, se reconoce que todos los discípulos somos deudos.

Quizá por eso la muerte de Anita haya resonado entre nosotros con la fuerza de un escándalo. Paradójicamente, no por el olvido de su vida,



sino por el olvido de su muerte. También se redobla el sentimiento de escándalo, de indignación, porque sigue vigente ese vestigio de la memoria que nos señala que como pueblo los argentinos hemos experimentado colectivamente la poca importancia que un estado militar otorgaba a la vida, y al derecho de los deudos de enterrar a sus muertos. No digo que en el caso de Anita esos vestigios de memoria colectiva hayan actuado decisivamente para reforzar el estupor ante el escamoteo de su muerte, pero sostengo que nos hace más sensibles a la inexplicable anomia que no nos permitió despedirla cuando nos era imprescindible hacerlo.

Inexcusable y perentoria (es lo que descubrimos en el estupor) esa ceremonia nos era imprescindible a los que quedamos, testigos, custodios, continuadores de una obra y de un nombre. Porque sin la deuda del parentesco, los discípulos reclaman en cambio, hacerse cargo de esa herencia simbólica impagable. Y sólo pueden hacerlo públicamente en el momento en que se impone renovar un vínculo intelectual y rendir tributo a un nombre. Un nombre, nada menos, al que estamos obligados a rescatar del desamparo. Los deudos, todos sus deudos, amparamos un nombre y nos amparamos en él, lo protegemos y nos protegemos. Muchos han señalado ya que los que la conocimos no podíamos llamarla con otro nombre que no fuera “Anita”, ese diminutivo que expresaba el cariño de una amistad, con un dejo de reconocimiento hacia esos imborrables rasgos infantiles y hasta traviosos que ella dejaba ver, como una niña escondida e imprevisible. Hoy se me ocurre que también en ese diminutivo se escondía, como en la niñez a la que ineludiblemente mentaba, el atisbo de un desamparo.

Con lo único que tenemos, las palabras, conjuramos el desamparo de un nombre. Estamos aquí para trazar el testimonio de una continuidad, en la que a nosotros también se nos va la vida. Por eso lo perentorio del acto en el que cuando ya no hay más palabras, es necesario reunirse y despedir el cierre definitivo de un mundo. El mundo de Anita, y con él muchos otros mundos que solamente ella sabía y que nunca más podremos encontrar. Salvo en la evocación o lo que quedará en los archivos de la memoria viva y en los documentos de una historia de la cultura en Argentina. Entre ellos, el que me parece que enhebra mejor su figura, su acción, y la estela que ha dejado tras sí: el de la enseñanza. Daniel Link, a modo de homenaje, publicó recientemente una entrevista que le hiciera muchos años atrás, al reeditarse su tesis *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges*, momento que era también el de un final: cuando estaba a punto de abandonar la dirección del Instituto de Filología. Al inicio del reportaje, como no podía ser de otro modo, evoca el Profesorado donde había estudiado, y a sus maestros Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña. En ese reconocimiento vislumbramos el mundo juvenil de Anita: amor por los maestros (mucho después, ante sus amigos, ha admitido su deslumbrado amor por Amado Alonso) y su amor por la lengua, vertientes de un mismo fervor (“Estar enamorado es estar enamorado de un nombre” –ha dicho Walter Benjamin).

En su carrera encontraremos siempre la doble vertiente o el doble camino, los estudios lingüísticos o gramaticales y la literatura, la crítica literaria, dualidad constitutiva que reconoce ante Link: “*Nunca abandoné esa doble perspectiva*” [...] y “*Antes de irme [a los Estados Unidos] yo estaba enseñando Borges en el Instituto. Enseñaba Fonética y Fonología pero además tenía que usar textos y, para eso, daba Borges. Lo tenía todo recopilado y fichado*”.¹ La doble vertiente lingüística y literaria que ella, como Jakobson, supo casi artísticamente ensamblar (esa juntura es cosa de artista, más que de científica).

.....
1. Cfr. <http://linkillo.blogspot.com.ar/2007/11/una-chica-del-2000.html>. A partir de ahora cito como: Daniel Link, “Una chica del 2000”.

Ese mundo, además, es el de la estilística por el que sin rispideces o casi sin obstáculos, Barrenechea se deslizó hacia el estructuralismo: “*En el fondo el estructuralismo que yo hacía entonces sale de Amado Alonso y de mi lectura de Bello y de Hjelmslev*”. Lo que enseñaba esta maestra tenía entonces dos mundos separados y a la vez intercomunicados: las fichas exhaustivas y prolijas de la lingüista se proyectaban sin esfuerzo en los textos, estaban allí no para edificar un entramado sin sujeto, como en cierta crítica muy en boga en los años sesenta franceses, sino para restituir un mundo textual centrado en un nombre de autor. La tecnocracia estructural al servicio de la obra de un sujeto completamente diluido en los hilvanes de un texto. Y en este sentido, las breves páginas de un artículo aparecido en 1976 en *Modern Language Notes* sobre el universo de Felisberto Hernández, “Excentricidad, di-vergencias y con-vergencias en Felisberto Hernández”, creo que son uno de los mejores exponentes críticos que se hayan escrito sobre Felisberto: allí, la meticulosidad de la antigua practicante de la estilística recompone la síntesis clara de un mundo intricado. Porque hay dos tipos de crítica (y de críticos): los laberínticos y herméticos, que se solazan en la complejidad narcisista de sus propios razonamientos, y los diáfanos, los luminosos, que desaparecen tras el objeto que iluminan en la lectura. Anita, la maestra, era consubstancialmente amante de la claridad y de la síntesis: era luminosa.

Desde su primer artículo sobre Borges de 1952, “Borges y el lenguaje”, Barrenechea estudia una doble vertiente o un tironeo visible a través de la lengua borgeana: el particularismo barrial o el acento nacional y una evolución hacia temas de carácter universal:

En los últimos tiempos, Borges, crítico de sí mismo, ha denunciado el exceso de color local, confesando que fracasó al buscar en lo externo el sabor de la patria, pero que le fue dado luego en páginas como el “Poema conjetural”, internamente sentido y limpio de todo pintoresquismo.

La doble vertiente está también en esa obra previa a la etapa estructuralista que sacó a Borges definitivamente del palabrerío judicial que lo endiosaba o lo guillotina: *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges...* Aquí, en su tesis doctoral dirigida por José Ferrater Mora (1956), la doble vía se refiere a la impronta universalizadora de la Filosofía y su irrupción extraña en el discurso crítico de alguien que siempre pondrá el acento ya sea sobre la técnica gramatical, en el estilo, y en la particularidad, o en la irrepetible idiosincrasia textual de ese sujeto. *La expresión de la irrealidad* tiene cinco centros temáticos o capítulos (el infinito, el caos, la personalidad, el tiempo y la materia), que se convertirán en una especie de vulgata crítica tanto entre nosotros como en el mundo anglosajón (este libro fue traducido en 1965 al inglés con el título *Borges the Labyrinth Maker*). En la entrevista con Link, ante la afirmación de que se trataba de uno de los primeros libros sobre Borges, replica: “*había sólo otro... pero era muy malo y no quiero hablar de él porque su autor se mató*”.² Se refería púdicamente al libro aparecido en 1955, cuyo autor, José Luis Ríos Patrón,³ se suicidó ante la negativa de María Esther Vázquez a casarse con él. Pero hay otros dos libros competidores con el suyo que Anita no recuerda, el de Marcial Tamayo y Adolfo Ruiz Díaz, *Borges enigma y clave*, publicado también en 1955, y sobre todo aquel primer libro crítico y parricida que se escribiera sobre Borges, *Borges y la nueva generación* (1954) de Adolfo Prieto, que es, me parece, la exacta contracara valorativa del libro de Anita, y la huella aban-

.....
2. Daniel Link, “Una chica del 2000”, *Op. Cit.*

3. José Luis Ríos Patrón, *Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, La mandrágora, 1955.

donada posteriormente por la crítica argentina. Pero los dos libros, el de Ríos Patrón y el de Prieto, llevan una impronta sartreana, que en el caso de Ríos Patrón le sirve para valorar positivamente a Borges y asemejarlo con “*nuestro primer existencialista: Roberto Arlt*”. Nada más alejado de las especulaciones de Anita que solamente se permite especular o interpretar a partir del análisis concreto del material. Nada más alejado de su concepción crítica que la etiqueta rimbombante o la cabriola retórica *pour épater le lecteur*. Siempre valoró, en cambio, el derrotero del Formalismo Ruso (“*aún ahora –escribe en 1982– continúa interesándome el formalismo ruso porque lo considero el de mayores posibilidades de evolución y de futuro...*”)⁴.

La traducción norteamericana de *La expresión de la irrealidad...* lleva un prólogo de Borges, seguramente muy interesado en la difusión de su obra en los Estados Unidos:

El libro de la profesora Barrenechea me ha enseñado muchas cosas acerca de mí. Esto es paradójico, no en el sentido común y erróneo de un enunciado sorprendente, sino, como es explicado por De Quincey, en el sentido genuino de una verdad que a primera vista parece ser meramente un gusto o capricho divertido y falso.⁵

Y en un reportaje Borges agrega contradictoriamente:

Creo que es un libro muy estimable. Yo no lo he leído porque el tema me interesa poco. Me siento muy incómodo cuando leo algo sobre mí. Pero creo que es el mejor libro. En todo caso, fue juzgado digno de una traducción y me ha ayudado muchísimo.

En efecto: imprescindible tanto en el mundo académico norteamericano como en la crítica argentina, *La expresión de la irrealidad en la obra de Jorge Luis Borges* es una de las tres grandes interpretaciones o lecturas dominantes en el discurso crítico local, junto con la desfavorable de Contorno y de Prieto hacia la misma época, y más contemporáneamente con la que quizá sintetiza esas dos visiones contrapuestas, la de Ricardo Piglia. El Borges de Anita, según ella reflexiona después, es más que un estilo, una obra o un nombre, es la síntesis de una encrucijada cultural. Dice en 1982 en ocasión de la Encuesta de *Capítulo*, al trazar los grandes núcleos históricos de la crítica argentina:

[No] conviene prescindir del diálogo tan peculiar con Borges [...] Nunca un escritor argentino se adelantó como él a proponer horizontes de lectura del hecho estético que luego descubrirían y elaborarían gentes de los llamados países centrales del mundo occidental.⁶

El interés por Borges atraviesa toda la obra de Anita, todos sus *modos* críticos, que culminan en la práctica de la crítica genética, una modalidad que ella practicó sin estrecheces metodológicas:

...se han ido desarrollando en mí preocupaciones ideológicas: aún sigo explorando los modos de realizar un trabajo que estudie en las señales de la elaboración textual sus relaciones contextuales.⁷

4. Ana María Barrenechea, en *Capítulo*, *Op. Cit.*, p. 47.

5. Ana María Barrenechea, *Borges, the Labyrinth Maker*, edición y traducción de Robert Lima, Nueva York, New York University Press, 1965, p. VII.

6. *Capítulo. Historia de la literatura Argentina. Encuesta a la literatura argentina contemporánea*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1982, p. 46.

7. *Capítulo*, *Op. Cit.*, p. 48.

Evidentemente, la crítica genética, esa radical renovación que le surgió a la Filología, es para ella un reafirmar y ensanchar las enseñanzas estilísticas de su maestro Amado Alonso que, al decir de Éliida Lois, “marca la distancia que va desde un estudioso que manipula material de génesis a otro que lo interpreta. Alonso [...] puede ser considerado un precursor de la crítica genética”.⁸ En esa línea de lectura sobre Borges se encuentran “Borges y la ambivalente mitificación de su abuelo paterno”,⁹ y el tardío análisis de “La casa de Asterión”¹⁰. Lecturas meticulosas y razonadas que, más allá de las consideraciones metodológicas o teóricas, reafirman certezas de procedimiento, lo que podríamos denominar *la ética de la lectura* en Barrenechea: una economía del dispositivo crítico que lee y compara con rigor tanto los pequeños rasgos textuales como los grandes movimientos o macro-estructuras, siempre dando razones acerca de cada operación, cada conjetura e inclusive de cada punto muerto del recorrido.

Barrenechea escribió en 1964 desde *Sur* (la única vez que publicó allí) una reseña de *Rayuela* aparecida un año antes¹¹ en la que subrayaba la novedad disruptiva de la novela. Amiga de Julio Cortázar, el regalo que este le hiciera de sus cuadernos con los primeros trazos y esquemas de *Rayuela* se convirtió en la publicación facsimilar del *Cuaderno de Bitácora*,¹² y en el correspondiente estudio genético. El espacio a considerar, o el material sometido al análisis, constituye algo más que un puente conjetural que lleva al producto acabado, la novela. Pretexto y texto se disponen en esta lectura como los polos de un diálogo, que por consiguiente edifica un espacio virtual, una suerte de doble (no siempre genético) del texto, en el que –escribe Anita– “algunos pasajes [...] se muestran más cargados de posibilidades y sugerencias [que en el texto definitivo] sobre todo en el desarrollo de la línea narrativa”¹³. Cortázar es otro de los grandes centros de atención en la crítica de Barrenechea y también de su enseñanza (ella fue una de las primeras en ocuparse de *Bestiario* desde su cátedra de Introducción a la literatura). Anita ha sabido ser amiga de poetas y creadores, de Alejandra Pizarnik, su antigua alumna, personalidad situada en las antípodas del mundo académico, y de Susana Thénon, poeta a quien dedicó también estudios de crítica genética¹⁴.

Una dimensión de su ética lectora es la admisión y el respeto del otro como tal, de lo otro como tal, que suele ser el antagonista ideológico, o aquel que encarna la diferencia merecedora de respeto. En una entrevista para el libro *La construcción de lo posible: La Universidad de Buenos Aires de 1955 a 1966*,¹⁵ al recordar los combates por la laicidad o la “libertad” de la enseñan-

8. Éliida Lois, “Amado Alonso, precursor de la crítica genética”, en *CAUCE. Revista de Filología y Didáctica*, N° 18-19, pp. 401-408.

9. Ana María Barrenechea, “Jorge Luis Borges y la ambivalente mitificación de su abuelo paterno”, *NRFH, Homenaje a Antonio Alatorre* (México), XL, 2 (1992), pp. 1005-1024.

10. Ana María Barrenechea, “La casa del minotauro”, *Ciberletras: Revista de crítica literaria y de cultura*, N° 3, 2000.

11. Ana María Barrenechea, “Rayuela, una búsqueda a partir de cero”, *Sur*, N° 288, mayo-junio de 1964, pp. 69-73.

12. Julio Cortázar-Ana María Barrenechea, *Cuaderno de Bitácora de Rayuela*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1983.

13. *Cuaderno de Bitácora de Rayuela, Op. Cit.*, p. 30.

14. “Metamorfosis de espacios, acontecimientos y sujetos textuales en un poema de Susana Thénon”, en Inés Azar (ed.), *El puente de las palabras. Homenaje a David Lagmanovich*, Washington, Interamer, 1994.

15. Catalina A. Rotundo-Eduardo Díaz de Guijarro, *La construcción de lo posible: La Universidad de Buenos Aires de 1955 a 1966*, Buenos Aires, Ediciones El Zorzal, 2003.

za religiosa, se declara “católica practicante”, y sin embargo, en esta polémica es defensora de la enseñanza laica que procuró al país y a la cultura argentina reconocimientos de igualdad, de justicia y de progreso.¹⁶ Antiperonista, expulsada de la educación pública, cuando el azar le permite conocer el nombre de quien la ha denunciado, prefiere permanecer en la ignorancia:

...me echó Perón! Yo trabajaba entonces en el Profesorado y también en colegios. Había rendido concursos y Marechal, que era inspector, no me nombraba. Siempre fui muy antiperonista, pero no militaba. Por supuesto, me negaba a firmar todo papel que atentara contra el secreto de voto, como la campaña por la reelección de Perón. Nunca supe quién me denunció. En 1958 Mabel Rosetti accedió a mi expediente en el Ministerio de Educación pero le pedí expresamente que no lo abriera. Ya no me interesaba saber quién me había denunciado.¹⁷

La misma postura que atraviesa tanto su accionar académico como su escritura es visible en la generosidad con la que acepta y valora positivamente posiciones que contienen un implícito desafío a sus convicciones en materia de Literatura (el grupo *Contorno*, la crítica sociológica), o cuando reprocha a Nicolás Rosa no haber incluido en *Capítulo* entre los representantes de la crítica argentina a quienes la practican desde el extranjero.¹⁸

La doble vertiente que observamos en su formación y en su práctica académica la encontramos también en el puente o el tablón de *Rayuela* en que consistió su vida después de 1966: entre Buenos Aires y Estados Unidos. Supongo que esta escisión viajera favoreció su perspectiva crítica y la comprensión de las particularidades de la cultura argentina.

Inclusiva y no sectaria, generosa y no afecta a los odios provincianos, argentina pero no cerrada como ese localismo folklórico que deja de tutearse con el mundo y se empobrece: así era Ana María Barrenechea, así era la fecundidad de sus ideas y la apertura de su mundo. Mundo de amistades, magisterios y discípulos.

Los intereses de su escritura crítica eran muy amplios y en todos sus trabajos ha dejado núcleos que otros han investigado, controvertido o desarrollado: la literatura fantástica (temprano interés que desarrolló con Ema Speratti Piñero para la literatura hispanoamericana)¹⁹ y que luego le permitió oponer a la vulgata teórica de Todorov su propia tipología;²⁰ Sarmiento, el *Facundo* y la correspondencia con Frías que editó;²¹ Macedonio Fernández y aquel célebre artículo sobre el humorismo de la nada,²² y tantos otros, sin contar los dedicados a la literatura española o la gramática.

16. “Yo soy católica practicante [...] A mí me parece sumamente importante la autonomía universitaria y también que la enseñanza sea estatal y no confesional”. Cfr. “Ana María Barrenechea: La jerarquización de la enseñanza”, en *La construcción de lo posible...*, *Op. Cit.*, pp. 112-120.

17. Cfr. Daniel Link “Una chica del 2000”, *Op. Cit.*

18. En *Capítulo*, *Op. Cit.*, p. 46.

19. Ema Speratti Piñero-Ana María Barrenechea, *La literatura fantástica de la argentina*, México, Imprenta Universitaria, 1957.

20. “Ensayo de una tipología de la literatura fantástica”, *Revista Iberoamericana*, XXXVIII, 80, julio-setiembre de 1972, pp. 391-403.

21. *Epistolario inédito Sarmiento-Frías*, A. M. B. y colaboradores, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas “Dr. Amado Alonso”, 1997.

22. “Macedonio Fernández y su humorismo de la nada”, *Buenos Aires literaria*, N° 9, junio de 1953, pp. 25-38.

Es en vano preguntarse qué niveles hubiese alcanzado la universidad argentina, cuando fue interrumpida y asaltada por la “Noche de los bastones largos”, porque la pregunta va unida a otras por las que el sufrimiento colectivo es más extenso y no tiene que ver solamente con el desarrollo o la involución de la inteligencia o la preservación de los tesoros culturales. Pero no está de más que, como críticos literarios académicos, nos preguntemos qué hubiese sido de nuestra disciplina sin esta labor paciente, desinteresada y rigurosa. No hace falta que respondamos. Somos el testimonio de su paso y de alguna manera llevamos desprevenidos la entonación de su enseñanza. En todos los sentidos, somos sus deudos.